

Presentamos un subsidio para trabajar sobre la tensión entre aislamiento y fraternidad en la vida presbiteral.

Consta de una presentación general, cuatro partes y un cuestionario final.

Cada parte puede ser separada y trabajada por sí misma, en las instancias que cada presbiterio desee (reuniones de decanato, jornadas del clero, en grupos informales, en reuniones, con el consejo pastoral, etc.).

También puede ser tomado como un documento único.

El sacerdocio ministerial: entre el aislamiento y la fraternidad

Ruth María Ramasco

Tucumán, 4 de julio de 2021

Todos nosotros, cualesquiera fueran nuestras situaciones y experiencias vitales, correremos el riesgo de aislarnos. La posibilidad del aislamiento atraviesa también la realidad de la Iglesia, Cuerpo y Pueblo, en la variedad de sus ministerios y carismas, en el recorrido total del orden jerárquico, en la diversidad de sus iglesias particulares. El sacerdocio ministerial, sin que obste la hondura del sacramento del Orden Sagrado, ni la entrega real y mil veces santa de muchas vidas, atraviesa idéntico riesgo. ¿Por qué? ¿Por qué es tan fuerte este riesgo? ¿Por qué tantas vidas buenas lo padecen? ¿Por qué se fracturan tantos cuerpos presbiterales?

Los sacerdotes conocen mucho mejor que yo los detalles de su experiencia, tanto en la hondura del Misterio, como en la destrucción de la malicia, la enfermedad y el pecado o los condicionamientos sociales y culturales de cada iglesia particular. Muchas de las cosas que voy a decir son hartamente sabidas y experimentadas por ellos. Sin embargo, mi intención es proponer estas preguntas desde aquello que nos hace asumirlas como hombres entre los hombres y realizarlas como ejercicio vivo de eclesialidad. Necesitamos redescubrirnos como hombres entre los hombres y recurrir a la realidad toda de la Iglesia para enfrentar cada dolor y dificultad. Quizás nos equivocamos o sea insuficiente buscar respuesta a los problemas de la vida sacerdotal en la vida sacerdotal. Quizás el camino sea buscarlo en la vida de la Iglesia toda, como Sacramento de Salvación de la humanidad. Quizás ya nuestra forma de asumir los dolores pueda estar siendo una ratificación del aislamiento.

El Dios en Quien creemos, el Dios al que creemos, es Creador y Redentor. Buscar en nuestra identidad de hombres es realizar una decisión creyente que escucha, confiada, las palabras dichas en la obra de la creación. Indagar con la ayuda de los arduos saberes de los hombres es ratificar la acción creadora, que nos ha ofrecido la lucidez y el coraje de la

inteligencia para manifestar sus secretos, con la alegría de un niño que juega a descubrir los escondites y los regalos de su Padre.

A veces olvidamos que la Iglesia es la casa materna de todos los hombres, allí donde todos pueden encontrar fuerza y consuelo, allí donde está la herencia de todos. Todos nuestros dolores, todas nuestras alegrías, caben en ella. Todas nuestras experiencias pueden construirla o destruirla, y, de no mediar la acción del Espíritu, nuestras cegueras y nuestras estrecheces ya la habrían destruido. Todos podemos pedir ser recibidos en ella cuando estamos enfermos, solos, abandonados. Nuestras vidas son sus piedras vivas. Nos necesitamos todos. Todos, para encontrar respuesta a preguntas y dolores. Son demasiadas las preguntas, son insoportables los dolores. Es la urgencia de la caridad hacia todo hombre y toda cultura, y no sólo los problemas en la vida sacerdotal, la que requiere de todas nuestras fuerzas.

También vemos aislamientos que no provienen de tal o cual sacerdote, sino que resulta del vacío que otros hacen sobre él y de la marginación que producen. Esa marginación estremece nuestros corazones. Se produce muchas veces sobre los que se encuentran en problemas: no se va de frente a ofrecer el encuentro, la palabra, el soporte vital. No se va de frente a recibir el rechazo o el enojo. Se lo aísla. A veces, no se quiere tener que ver con él. En ocasiones, se llega al extremo de dejar que sigan haciendo daño bajo nuestra mirada; mirada que no quiere ser cómplice, pero, en los hechos, lo es.

Otras veces, son marginados los buenos, aquellos que recuerdan a un cuerpo presbiteral sus perezas y desidias en el amor. ¡Terrible es cuando un cuerpo presbiteral ridiculiza y hace mofa de la bondad! O cuando introduce en el cinismo a sus sacerdotes jóvenes. O cuando les enseña a dejar de amar. Hemos visto, a veces, esos crudos bautismos en la incredulidad; a veces, en el sonido desesperado e incrédulo de la voz de algunos sacerdotes jóvenes; a veces, en su mudez e incomodidad.

Pero, la mayor parte de las veces es menos drástico que lo anterior. Y por eso puede llegar a ser más dañino. Los sacerdotes van alejándose, imperceptiblemente, de la vida diocesana, de sus actividades, encuentros, retiros; las amistades van transformándose en pequeñas murallas; la actividad parroquial va tomando toda la vida; la oración se aleja; las ofensas y las sospechas van creciendo, la austeridad comienza a aflojarse.

El cuerpo presbiteral comienza a relacionarse sólo desde lo más superficial de la vida, aunque se trate de ofensas, diferencias sobre la acción pastoral, las opciones, las historias. Digo superficial, porque han olvidado y arrumbado la verdad más profunda de su ser: la verdad de su filiación común, la verdad de su ministerio; la verdad del Misterio de la Iglesia como revelación de su ser y su tarea. Ven las diferencias como si fueran éstas más fuertes que la unidad. Ven su parroquia como si les perteneciera. Ven a sus hermanos en el ministerio como extraños y a algunos, como a enemigos.

No está rota la fraternidad en su núcleo, porque ésta procede de Dios y sigue siendo ofrecida por Él. Pero han perdido el corazón capaz de alcanzarla, han perdido los ojos capaces de verla, han perdido una vida en la que ésta sea vivida. Parecen estar en sus parroquias y en sus actividades, pero en realidad están lejos de casa. Se han ido de ella hacia un terreno vallado y han reclamado llevarse su herencia. En ocasiones, las comunidades los sigue en su extravío, como si fueran la parte de la herencia reclamada al Padre, llevada lejos de Él y dilapidada.

No basta el cuerpo presbiteral para recuperarse como cuerpo, ni para volver a injertar a la viña los sarmientos caídos. Es la Iglesia toda la que debe sacarlos de su aislamiento, en el que

morirán. Y tenemos la obligación de preguntarnos si esta decisión mil veces tomada de cerrar las dificultades de los sacerdotes entre sacerdotes y abrirla sólo cuando se produce un escándalo; o de dar cabida a lo sumo a un psicólogo, no forma parte de la irresolución del problema o de su persistencia. Es la Iglesia toda, en la diversidad de sus entregas y ministerios, aquella que es impulsada y vivificada por el Espíritu. Es la Iglesia toda, abierta a los múltiples recursos de lucidez, de resolución, de interacción, que los hombres han conseguido, creyentes o no creyentes, quien puede transformar todos los posibles aislamientos en ofrecimientos de renovación de la fraternidad. Sólo la Iglesia toda, en encuentro creyente con los otros credos, en vinculación con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, en un horizonte interdisciplinar fecundo, puede recuperar la comunión para todos, como respuesta pascual al don. Con la fuerza de la oración confiada, sin desmedro de la justicia, en el vuelo de la caridad palpitante, nos urge contrarrestar el aislamiento y recrear los caminos de la fraternidad.

No podemos comprender los problemas desde las entrañas del Espíritu, si no buscamos escuchar lo que la realidad y la historia humana nos están diciendo: sería como una desmemoria de la humanidad creada, redimida, dinamizada por la acción del Espíritu. No podemos tampoco comprender como Iglesia, si no buscamos comprender desde la vida y los dones de todo el Pueblo de Dios.

Este duro tiempo de la pandemia, en el que hemos visto entregados al aislamiento y hasta a la muerte solitaria a aquellos que amábamos, nos ha hecho comprender, con extrema dureza, que no podemos borrar el rostro de la soledad. Sin embargo, hemos comprendido también que sólo en Dios y en nuestra oración, tantas veces desolada por la tristeza, la comunión entre los hombres era posible, pues era en ella y en el interior de la verdad de la Redención, donde hemos alcanzado y rodeado las manos en agonía de nuestros seres queridos, aislados dentro de un hospital. La oración de la Iglesia, viva y potente en el Misterio de Jesús, el Cristo, recogiendo y transformando todo amor, ha sido la ternura que acompañó a los nuestros en su muerte y tocó sus manos en su soledad. No, la soledad no es el espejo cruel de la nada y la ausencia: es la puerta abierta y en riesgo del amor. Sólo necesitamos creer en el amor y toda nuestra vida y la de todos brotará, nueva, del Amor.

En el interior de ese amplio espectro, a sabiendas de la desproporción existente entre los horizontes amplios y la realización limitada, pondré a consideración los siguientes puntos:

- A. La posibilidad de aislamiento de los presbíteros.
- B. La soledad inalienable
- C. La compañía y la ternura
- D. La obra y la comunidad
- E. Preguntas y reflexión final

A. La posibilidad de aislamiento de los presbíteros

Muchos sacerdotes desgarran su vida y su ministerio por una honda y padecida experiencia de incomunicación. El vigor apostólico de los primeros años de ministerio, la necesidad permanente de los fieles, la multiplicación y a veces fragmentación de la comunidad en muchas pequeñas comunidades, obras, grupos y servicios, disgrega su vida en muchas actividades y personas. El tiempo se torna tiempo de actividad, exigencia permanente de presencia, tareas que mil veces caen o no se realizan si no están ellos sosteniéndolas. La dificultad que algunos tienen para delegar tareas y la dificultad de las comunidades para asumir responsabilidades, transforman a muchos en una variable del sostén de todas y cada una de las actividades y grupos de la vida eclesial. Muchos desaprenden el silencio, la oración, su propia confesión sacramental. Se transforman en hombres agitados, febriles, cansados. O en seres humanos cuyo resorte es el cumplimiento y organización de actividades. O en líderes sociales. Muchos pierden el ritmo de la comunicación que no implica consejo, ni respuesta; pierden el hábito de la pregunta que no busca lo que la Iglesia dice y formula, sino el corazón veraz y cálido del amigo o el hermano; muchos reservan la totalidad de sus fuerzas a la entrega a la comunidad y nada o casi nada tienen para compartir con quienes no pertenecen a ella.

Por otra parte, muchas personas depositan sus vidas y sus problemas en sus oídos y sus corazones, mil veces con situaciones que podrían ser resueltas por los mismos que preguntan. Porque no sólo acuden por situaciones graves o dónde no pueden atisbar la presencia de la acción de Dios, sino por aquello que podría ser asumido desde otros procesos de madurez personal, desde el crecimiento y la libertad. La dependencia de las comunidades, o sus conflictos internos, sus rencillas, envidias, celos, malicias, se torna el contenido de gran parte de sus vidas. En gran medida, y sin desconocer los dolores hondos de los fieles y su necesidad de compañía y consuelo, así como el impulso de la caridad que brota del ministerio, nos es obligatorio decir que esto puede producir una gran fuerza de dispersión, un alejamiento de la hondura del Misterio, una banalización de la vida sacerdotal. También nos es obligatorio decir que, a menos que toda esa actividad se oriente hacia el crecimiento de la vida de fe, esperanza y caridad de las comunidades, hacia el fortalecimiento de la vida eclesial como iglesia viva, en responsabilidad creciente, en ardor creciente de las obras de la caridad, el ministerio se torna una progresiva experiencia de aislamiento.

¿Por qué decimos esto? Porque los ministros consagrados necesitan la conciencia de su fragilidad. No son máquinas incesantes de trabajo, no pueden ser quienes siempre están a la cabeza de iniciativas, no pueden caer rendidos todos los días. Hay algo de inhumano en ello. Hay algo de descuido de la verdadera y honda soledad, que puede transformarse, imperceptiblemente, en aislamiento, pecado contra la fraternidad, autoritarismo, petrificación de la vida. Hay algo, puede haber algo, en lo que un ministro se vuelve disponible para su tarea y sus comunidades e indisponible para todo lo que no sea tarea y parroquia, o movimiento, o institución. A veces, algunos se comienzan a aislar de toda actividad diocesana, porque están urgidos por lo cercano; a veces, porque ya no es algo que les importa. Pero también, porque no pueden salir de ese lugar en el que son ellos y su comunidad, su gente, en un sentido, no sólo de pertenencia y servicio, sino donde no tienen la exigencia de otras dimensiones de la fraternidad. Ya sólo responden, no preguntan; ya sólo toman iniciativas y decisiones, no hacen el lento y arduo camino de los consensos y disensos; ya sólo son autoridad, y no aceptan ser regidos por ninguna. El aislamiento comienza a levantar sus paredes, aun cuando no haya desórdenes morales, ni tibieza en el ardor apostólico. Pero el camino hacia ellos ya está abierto.

Por eso, necesitamos preguntar, como ejercicio eclesial y de humanidad, qué es aquello hondamente verdadero y humano que está siendo tocado, pues es su sustrato. No necesitamos ver sólo males y patologías que, sin lugar a dudas, tienen también que ser dilucidados. No nos basta comprender los rasgos culturales de cada comunidad y del presbítero y el cuerpo presbiteral, pese a que aún debemos recorrer un arduo camino para dejar de lado universalizaciones limitantes o falaces, que sólo son expresiones de sociedades, culturas o regiones hegemónicas, necesitadas de crítica teórica y ruptura activa de sus estrategias de poder. Incluso si todo ello se diera, requeriríamos desentrañar la hondura de humanidad que las precede, las atraviesa y es su condición de posibilidad, siempre en riesgo. Necesitamos ahondar en la riqueza viva y poderosa, pródiga en humanidad, de la soledad.

B. La soledad inalienable

¿Por qué nos es posible aislarnos, incluso en el interior del Misterio del sacerdocio ministerial? ¿Por qué la decisión de entrega, honrada, verdadera, con un profundo anhelo de fidelidad y de servicio, puede transformarse en deformación y clausura de nuestra vida y su consagración? Podríamos buscar luz en nuestras heridas o patologías individuales y familiares. O comprender los estratos profundos e históricos de nuestra experiencia cultural. Esos caminos nos son necesarios, pero son insuficientes. Necesitamos asir el carácter inalienable, profundo, luminoso, de la soledad, que de ninguna manera es equivalente al aislamiento. Por el contrario, el aislamiento es el pecado contra la soledad. Es su imitación deforme y mentirosa, que tiene la osadía de revestirse con el disfraz de la soledad.

Todos estamos llamados al descubrimiento de la soledad, como dimensión antropológica de nuestra libertad. La soledad se descubre como carácter irrepetible de nuestra persona y posesión inalienable de su vida y su sentido. Es el rostro vivo de nuestra inalienable libertad. Podemos, por supuesto, ser manipulados; podemos, por supuesto, ser llevados hasta lo ínfimo por la enfermedad, la destrucción, las sustancias adictivas. Pero resta un fondo inalienable: ese que es mi desnuda posibilidad de algún sentido, alguna recuperación, alguna apertura, alguna expresión de humanidad. A veces, como si sólo fuera la posibilidad de un parpadeo de aceptación o de rechazo, en un rostro privado del gesto y la palabra; a veces, como un relámpago que cruza la oscuridad más absoluta, sin que sepamos qué ha producido ese destello en una vida; a veces, como aquel secreto que jamás nos será revelado, pero que seguimos afirmando como tal al seguir reconociendo humanidad en un cuerpo ultrajado por la enfermedad o por la destrucción de la malicia y el daño efectuado sobre sus semejantes. Obturada o no, rechazada o fecunda, casi la nada o en fruto y plenitud, la libertad está. Y si está, está la soledad.

Nadie, sino yo, puede amar o rechazar el amor. Nadie, sino yo, puede renunciar a la vida y sus obras. Nadie, sino yo, puede emprender el estrecho y casi imposible camino de luchar contra todo lo que me impide ser libre. Estoy sola en eso, incluso si fuera amada. Sola, para que mía sea la aceptación y la entrega. Sola, para que mi palabra pueda expresar mi decisión. Sola, para que el fruto de mis luchas pueda ser ofrecido, libremente, a otros. Nada de eso es un horror del que hay que huir. Es la cima que me pertenece, y por eso me pertenecen el frío y la subida. Es mi soledad, porque sólo alguien libre puede comunicarse y entregarse. La libertad implica la más honda y hermosa soledad. Aunque a veces sea un malestar del psiquismo; aunque pueda distanciarnos de personas a las que amamos; aunque nos haga mirar alrededor y no encontrar compañía aparente. Es nuestra soledad, capaz de comunión y de entrega; potente, verdadera, espléndida en humanidad.

En ella, no cabe hacer distinción de solos y acompañados. Todos compartimos esa soledad. No hay allí ningún exceptuado, ningún excluido, ningún soslayado. Y, sin embargo, también podríamos decir que, en ese extraño e insondable tejido de nuestros vínculos personales, familiares, sociales, culturales, económicos, políticos, epocales, de poder; sin que jamás nuestras acciones puedan reducir a nada lo que procede de las manos creadoras del Dios vivo; en ese tejido la soledad puede volverse indisponible por la acción de daño de los unos sobre los otros. O puede adquirir diversas figuras, según la comprensión de lo individual y lo comunitario en cada cultura. O puede no encontrar horizontes de sentido. O puede ser despreciada o hipervalorada. Pero ahí está, aunque se reduzca a caricatura o enfermedad, aunque un entorno social íntegro la desprecie y se burle. Aunque hipertrofien los mandatos sociales; aunque pretendan explicarnos doctamente, una y otra vez, que sólo es ilusión.

Aunque puedan quebrarme por el dolor y el desprecio. Enfermo, violentado, agusanado o llagado (como Job), un ser humano puede decir o gritar que ya no da más. Y, al hacerlo, recupera, en su palabra, o en sus manos, o en su mirada, incluso desnudo y expuesto, lo que pertenece a su intimidad y su soledad.

Además de lo anterior, hay un riesgo propio de la soledad en tanto soledad: el riesgo constitutivo de la soledad, en tanto ella misma, es volverse aislamiento. Es decir, transformar la propiedad de uno mismo en muralla, cerco, barrera electrificada. Transformar la cima en distancia y no en convocatoria a escalar las propias cimas. Como el temible mito de Narciso, quien no puede abandonar su propia imagen y muere de inanición; es decir, no puede recibir ni siquiera lo que les indispensable para seguir vivo, porque nada puede recibir, más que a sí mismo. El propio riesgo de la existencia, ese al que sólo nosotros mismos podemos responder, también puede clausurarse a la cotidianidad de la vida, en la más trivial de sus manifestaciones; a los gozos y dolores pequeños; puede también volverse explícito o implícito desprecio a la vida en su superficie y ligereza. La soledad imprescindible se vuelve en algunos pedantería y vanidad, el espacio que no puede compartirse; la insignificancia de toda acción o iniciativa que no sea la propia. Revestidos con aureolas de profundidades y singularidades, cada detalle se vuelve marca de uno mismo, el único producto de la propia vidriera. No tiene la sencillez de la singularidad verdadera, capaz de compartir la vida con todos y encontrar alegría en la mesa de todos. Transforma su soledad en desmesura y hasta esnobismo de la propia individualidad. Su vida no es sombra ni refugio para nadie, ni risa compartida, ni descanso. Esas personas son, para sí mismas, su propio sol. Pueden dejarnos obras, pero no son un solaz de humanidad.

Muchas veces, la alegría y verdad insondables del ministerio sacerdotal se transforma en esto. En vez de que la elección y el llamado se transformen en don para la experiencia de comunión, para consagrar los dones de un pueblo y al pueblo mismo, se vuelve podio, construcción egocéntrica de la propia persona, reclamo de honores y privilegios. Quieren de la soledad los lugares reservados, los privilegios, las excepciones en la legalidad social. Su pretexto es que eso les es debido, porque se han entregado a Dios.

Como creo haber dicho en el primer texto que escribí sobre vida sacerdotal, que quienes son así sólo han instalado en el templo la mesa de un cambista y, a cambio de su decisión, quieren prebendas y regalías. No se han entregado: son sólo mercaderes, justificados por la excepción de su decisión. Y debemos decirlo, para que brille con más fuerza la luz de aquellas vidas sacerdotales que aceptan tareas y rechazan privilegios, que llevan el todo de su vida a su "sí" al Misterio de Dios y, sin quedarse, perezosos, en el regodeo de este momento, sonrían al cielo, a los hombres y al don. Son los que reciben un vaso de agua de otras manos, aquellos cuyo paso nos deja el gusto de la humanidad buena, aquellos cuya soledad se ha vuelto casa y reparo para la humanidad y ocupan un cuarto sencillo junto al de los demás. Sacerdotes así también existen, obispos así también existen, y recibimos, en su amor, la sobreabundancia fecunda de su soledad. Y su soledad y su decisión no nos es refregada en la cara: nos es dada su entrega, nos sonrío el amor.

C. La compañía y la ternura

El ejercicio vivo de la eclesialidad nos obliga a hablar de aquello que conocemos, íntimamente, quienes amamos entrañablemente a Dios, desde el interior mismo de la vida laical. Hemos recibido, en el interior de dolores y alegrías, la oferta salvífica de la entrega a una persona, en el amor. Hemos recibido la oferta salvífica de nuestros hijos e hijas. Hemos recibido la construcción del mundo. Permítannos comunicarles nuestros dones, animarlos con ellos, corregirlos con ellos: nunca nos han sido dado sólo para nosotros, sino para la construcción de la Iglesia y del Reino. Permítannos hablarles de la ternura que nos pertenece y la obra que también es nuestra.

¿Qué sabemos? Sabemos lo que es la vida y su inalienable soledad, asombrada, conmovida, desafiada por el amor. No para entregarnos a todos: a una persona, en sus límites y grandezas. Para ser recibidos por una sola persona. Esa persona y sentirnos vulnerables, como jamás lo hemos sentido. Y experimentar que todos nuestros miedos asoman y saber, presentir, que podremos ser heridos hasta lo más hondo: bastará que no nos ame y el dolor nos inundará. Bastará que no sepamos dónde está y nos sentiremos perdidos. Todos nuestros logros quedarán en riesgo por la tristeza del desamor, si ocurriera. Amar y ser amados nos hace experimentar toda nuestra fragilidad, esa a la que no podemos proteger ni con la inteligencia, ni con el dinero, ni con la fuerza o el poder. Se habla mucho de infidelidades, fracasos y desencuentros. Poco se habla sobre el inmenso desafío, la inmensa y difícil obra que es vivir dentro del amor. La entrega a una sola persona nos ha hecho conocer el riesgo de dar el paso a la entrega, el riesgo de exponer la inalienable soledad y volverla entrega.

Conocemos lo que es entregarnos a una sola persona y sentir que esa entrega, en él o en ella y en los hijos, es la espada que nos atraviesa. Esa espada es nuestra escuela en el amor (*schola charitatis*, como decían los monjes). Aprendemos sobre el llamado del amor y nuestros miedos; aprendemos a conocer nuestras cobardías; aprendemos a respetar la dignidad de otro ser humano y a exigir respeto a la nuestra. No seguimos siendo fieles porque nadie nos atrae, sino porque la fidelidad es nuestra decisión sobre la dignidad de la otra persona, recreada una y otra vez, sin que importen atracciones, ni límites ya conocidos.

Aprendemos a discutir, a cuestionar, a quedar de acuerdo, a perdonar y ser perdonados. Vivimos mil cosas en la intimidad sexual, pero, más que vivir dentro de esa intimidad, vivimos dentro de la ternura. Alguien nos mira y nos ama; discute y nos ama; está cansado y nos ama; está enfermo y nos ama. La ternura es como una inmensa sonrisa cálida que abraza nuestra vida y la hace sentir bienvenida en la existencia, en cada momento, en toda ella, en lo bueno, en lo malo, en medio de las tormentas, bajo las olas agitadas del mar. Es ahí, dentro de esa bienvenida de la ternura, donde se inscribe el sexo, como ardor, como pasión, como gozo y como juego; pero también como paz, como intimidad, como consuelo.

Sabemos, con la carne de nuestro cuerpo, con la carne de nuestros hijos, que la entrega, brotando de nuestra decisión más profunda, no es un reaseguro contra la soledad: es su riesgo más hondo. Animarnos al amor nos expone a una de las soledades más insoportables que podemos conocer: la pérdida y la muerte. Cada recuerdo de la vida común, cada instante de felicidad, se vuelven tristeza. Y nadie sabe hasta qué punto ya no sabemos cómo seguir vivos, ni siquiera los hijos, mucho menos los hijos.

Así como el amor feliz puede aislarnos de muchos; así como los problemas, quiebres y fracasos, pueden hacernos sentir que la cercanía física —trabado el amor, enojado el amor, perdido el amor, decepcionado el amor, traicionado el amor—, es sólo aislamiento y hostilidad,

incomunicación y ausencia, así también la muerte de alguien amado, el amor entregado y perdido puede encerrarnos, aislarnos, hacer que la soledad, esa que era la fuente y manantial de la entrega, se transforme ahora en encierro, distancia, rechazo. Porque duele que los demás vivan, cuando el amor ha muerto, porque casi nada o nadie existe cuando murió el amor (y no pidan a nadie que distinga la persona amada del amor, porque lo que se siente, aunque después pueda transformarse, es que, al morir esa persona, murió el amor).

Lo sabemos: conocemos cuán duro puede llegar a ser la tentación de aislarnos, mientras transitamos el amor. Es el riesgo de la soledad, abierta en amor. Y ningún hijo puede resarcirte.

A veces, nos es obligatorio decir, los reclamamos sobre el celibato o el abandono del ministerio, las quejas sobre la soledad, están acompañadas por un profundo pedido de lo que Uds. necesitan para vivir. Todos somos finitos, todos vamos al amor necesitados. Pero eso no es suficiente. A veces, reclaman simplemente lo que quieren para sí mismos. Desde el amor de pareja, debo decir que así no es el amor. No el amor feliz, no el amor que sacia, no el amor lleno de risa, no el amor.

Pregúntense si cada uno, personalmente, puede y quiere ser ministro de ese amor, y no sólo testigo; si recibirían a otra persona, para compartir con ella ese ministerio, en el que el amor de Dios es mutuamente entregado y, en él, la construcción del mundo, la fecundidad de la vida. Pregúntense, y piensen, luchen, recen, no aislados, no separados de la realidad total de la Iglesia, todos juntos, en recepción y entrega mutua de dones y sabidurías, qué es lo que debemos pedir; qué, lo que debemos transformar; qué, lo que debemos acoger. Oremos juntos para que todos podamos hacer fecunda la soledad inalienable en el amor que nos es ofrecido, a sabiendas del riesgo. Pidamos, como Iglesia toda, que nos sea dada la osadía del amor. Y discerniremos, por la acción del Espíritu, cómo hacer para que obre el amor.

D. Las obras y la comunidad

Existe otro aspecto de la entrega, que puede también transformarse en aislamiento. Se trata de la soledad de la obra, que puede transformarse en el aislamiento en la obra. Conocemos muchas experiencias de esto. Muchas personas totalmente dedicadas a su arte, a su vida política, a su acción social, a la ciencia, a la educación, a su trabajo. La obra se transforma, en muchos, en el pulso de su vida, en el ritmo del sueño y de la vigilia. Mil mejoras en la vida de los hombres y los pueblos no hubieran surgido jamás sin esa entrega a la obra. Esto no es necesariamente aislamiento, aunque corra el riesgo de llegar a serlo: la obra es aquello con lo que se acompaña a los hombres y al mundo. En ella, puede realizarse la fecundidad del amor a un pueblo o a la humanidad.

No es posible deslegitimar, sin más, los desvelos de quienes se entregan a la obra, movidos por el inmenso anhelo de beneficiar a la humanidad. No puede tampoco ser identificada como adicción. Habrá experiencias de adicciones al trabajo y obsesiones y absolutizaciones de lo que se hace. Pero eso no puede explicar todas las acciones de los hombres a favor de los hombres. Hay quienes aman a su pueblo o a la humanidad, sin compartir la intimidad de su vida con una persona en particular. No todas las personas encuentran el amor; no todas las personas quieren entregar su vida a un credo. Pero se entregan, aman, son fecundos en la generación de una obra. ¿Es posible transformar la obra en muralla y aislamiento? Sí, por supuesto. Pero también es posible transformarla en entusiasmo irreductible y entrega del amor.

Miremos la luz que esto irradia sobre el sacerdocio ministerial y las tareas apostólicas. La obra de la Redención, el Anuncio Pascual, es acción y obra. No queda deslegitimada porque la entrega a esta obra no implique pareja y familia, sin que por ello necesariamente deba ser así siempre. Digo que no nos oponemos a nuestra humanidad, no somos enfermos porque esa obra sea nuestra vida. Y no lo somos, sin que haya necesidad de que invoquemos razones religiosas. Le es posible a todo hombre obrar a favor de la humanidad y consagrarle el todo de sus esfuerzos. No es eso lo que puede deslegitimar la entrega o transformarla en aislamiento y negación de la humanidad.

Lo que deslegitima la obra salvífica, lo que deslegitima el Anuncio, es la obra transformada en placer egoísta y rédito indebido. O la construcción de privilegios y desprecio de los que no hacen lo mismo. O la crueldad con los hombres y la falta de misericordia. O el autoritarismo sin autoridad. O que la busquemos en provecho de nosotros mismos y no para los demás. O que la volvamos aislamiento y exclusión.

Si la obra salvífica en una parroquia es verdadera, no engendra desprecio hacia quienes trabajan en las otras zonas del Reino. No transforma a su párroco en soberbio, sino que lo vuelve alegre y trabajador, deseoso de encontrarse con sus hermanos sacerdotes y compartir la experiencia del Anuncio. Si la obra es verdadera, la comunidad se construye y se vuelve misionera, y no el refugio de unos pocos privilegiados, que han encontrado un nicho de prebendas y una forma de poseer el protagonismo y los beneficios que no pueden obtener fuera de la vida parroquial.

Si es entrega y no feudo, se inserta en la obra de la diócesis toda, se pide ayuda cuando ya no se puede más, se participa con gozo en las obras comunes. El párroco corrige y se deja corregir, no da más lugar a quienes no cuestionan, ni a los aduladores, ni a quienes, más que como una comunidad, obran como una corte y quieren tener los beneficios de los cortesanos.

La Redención no transforma a los sacerdotes en hombres aislados en el clericalismo y el autoritarismo. No hace que no puedan tener pares, no obtura la capacidad de amistad, no transforma el ritmo de una vida en agotamiento extremo. Eso es obra de nuestros límites y nuestras malicias, de las estructuras en las que hemos cristalizado nuestras impotencias humanas, de la fragilidad con la que podríamos luchar, y transformar, aunque fuese en parte, si lográramos pedir ayuda. La obra de la Redención y la entrega a ella de sus sacerdotes no puede volverse la excusa que justifica y canoniza su incapacidad para formar vínculos, fuera de los que vive desde su lugar en la estructura eclesial.

Desde la Redención como centro de su ministerio, nos es obligatorio preguntar si no es la dificultad en la fraternidad presbiteral uno de los signos más relevantes para discernir entre lo que es la soledad transformada en amor ministerial y la soledad transformada en aislamiento y disgregación.

E. Preguntas para la reflexión

Preguntémonos.

¿No se invoca demasiadas veces la entrega a la comunidad para aislarse del encuentro con los hermanos en el ministerio?

¿Qué representan las mil actividades sin descanso? ¿El ardor de la caridad o la distancia progresiva respecto de la vida de oración? ¿La entrega generosa o el vallado que protege y oculta nuestra desmedida necesidad de protagonismo?

¿No necesito el encuentro fraterno, allí donde no soy párroco, ni responsable, ni consejero? ¿No necesito recibir de otros el evangelio, sin tener que ser yo quien lo predique? ¿No necesito confesarme?

¿Qué hago con mis hermanos sacerdotes presos, enfermos, moribundos? ¿Con quiénes comparto mi fragilidad y mis errores? ¿Visito o consuelo a los sacerdotes ancianos?

¿Cuán dispuesto estoy a no quedar encerrado en círculos estrechos, que niegan, en la práctica, la entrega sacerdotal de los hermanos con los que no se comparte muchas decisiones?

¿Cuántas veces me he disculpado con un hermano mío en el ministerio? ¿Cuántas veces me he animado a disentir con él, en expectativa de diálogo verdadero? ¿Cuántas veces hemos meditado juntos el evangelio? ¿Cuántas veces hemos ayudado a un párroco con problemas económicos? ¿Cómo acompañamos a los sacerdotes jóvenes, a los diáconos, a los seminaristas?

¿Cuántas veces nos hemos inmiscuido en las decisiones pastorales de otros a sus espaldas y en los oídos de los fieles, sin tener la franqueza y el coraje de la cercanía y hasta la corrección?

¿Cuántas veces hemos cerrado nuestra vida a la mirada o decisión de nuestro Obispo? ¿Cuál ha sido nuestro ejercicio de franqueza y libertad evangélica con él? ¿Hemos dejado de mirarlos dentro del Misterio de la Iglesia, en el que seguimos creyendo, pese a sus límites humanos? ¿Nos hemos animado a corregirlo, cuando era nuestra obligación? ¿Nos hemos animado a sostenerlo, sin formar parte de las camarillas sacerdotales que lo destrozan, juzgan, calumnian, desprecian?

¿Me animo, como sacerdote o como obispo? ¿Nos animamos, como cuerpo presbiteral? ¿Nos animamos como Iglesia, a salir del exilio del aislamiento y devolvernos a la vida en caridad?